

gresos que por todos conceptos tenga la caja de la Cofradía, y de los pagos que se hagan por cuenta de la misma, valiéndose al efecto del contador ó contadores, que estarán á su disposición.

7.^a Producir las cuentas de su administración en la Junta general de patronos que se celebrará con este objeto cada cuatro meses, teniéndolas con anticipación de ocho días á la disposición de la Comisión con los debidos comprobantes para su examen y revisión. Cuidar de la buena conservación y limpieza de la lonja, escabechería, lavaderos y demás localidades de la Cofradía valiéndose al efecto de los dependientes que hay para los mismos, y cobrar el impuesto de la pesca por el uso del agua de los lavaderos, y rentas de la propiedad de la Cofradía.

(Se concluirá)

LA TORRE DE LA ENCONTRADA



LEYENDA ALABESA.¹

Una pincelada histórica.

Corrían para España aciagos y tumultuosos los días á mediados del siglo XV. Cual si el desorden hubiese germinado á la par en todas partes, se agitaban inquietas las banderías y parcialidades en Aragón, Castilla y Navarra.

La región castellana, que há poco había visto rodar la cabeza del Condestable D. Alvaro de Luna en una de las plazas de Valladolid, bullía sorda en el reinado de Enrique IV, *el Impotente*, fijando su recelosa mirada en el privado D. Beltran de la Cueva y la reina Doña Juatía, y apellidando la *Beltraneja* á la presunta heredera del trono de Castilla, fruto á su entender de los desvaríos amorosos de la reina con

(1) Premiada en los Juegos florales celebrados en Vitoria el día 6 de Agosto de 1895.

el privado de Enrique IV, cuya debilidad é irreflexión provocaron quízás la sangrienta y ridícula parodia de la *destitución del rey*, representada en Avila a las puertas de San Pedro por la nobleza, confabulada en contra de un monarca más débil que intencionado, más inconstante que criminal.

En Aragón y Cataluña, desde la muerte en Italia del magnánimo rey Alfonso V, la efervescencia levantaba doquiera encrespadas olas en derredor del trono de su hermano D. Juan, á causa de la cruel y desnaturalizada conducta de éste con su infortunado hijo el príncipe de Viana, al extremo de que se sublevase el Principado catalan, uniéndose á él en su manifestación de desagrado no pocos aragoneses y valencianos, á la par que el rey de Castilla invadía la frontera de Aragón.

En Navarra la destructora guerra civil talaba los campos, segaba las vidas, y perturbaba las conciencias. Muerta la reina de Navarra Doña Blanca, casada con D. Juan, rey de Aragón, éste arrebató la corona á su primogénito, lo cual provocó la indignación del pueblo, que se dividió en dos bandos; agramonteses ó partidarios del rey, y beaumonteses ó secuaces del príncipe; bandos que con cruel saña se atacaban y destruían un día y otro, sembrando en el reino el espanto y la desolación.

Consecuencia de tanto desorden fué el que se plagaran los territorios de Castilla, Alaba y Navarra de cuadrillas de malhechores, que merodeaban en los campos y montañas, encontrando en la nómada vida del bosque medio seguro para vivir holgadamente del pillaje y la rapiña.

Tal era la situación de España en la época á que nos referimos: situación anómala, a la vez que precioso preliminar, para que momentos después destacara la gran figura de Isabel la Católica, se uniesen los poderosos reinos de Castilla y Aragón, y se desarrollara en los muros de Granada la grandiosa epopeya de la independencia española, que el inimitable pincel de Pradilla ha trasladado al lienzo para gloria suya y orgullo de la patria.

La casa-torre.

En la pintoresca y risueña llanada de la provincia de Alaba, á orillas del río Zadorra, y sobre la meseta de Gazteiz se eleva cual gallarda

palmera sobre florido prado la capital del territorio alabés, irguiendo por cima de las rojas techumbres de sus casas las esbeltas agujas de sus torres, que parecen escapar por el diáfano firmamento á clavar en el purísimo azul del cielo el signo sacrosanto del Calvario.

Allí Vitoria, la fronteriza ciudad, codiciada por los reyes de Castilla y de Navarra, parece dormir el sueño de la felicidad al dulce arrullo de los juguetones arroyos que corren por su llanura, aprisionada al N. por los picos de Elguea, Amboto y Gorbea, al E. por las gigantes barreras de Urbasa y San Adrián, al S. por los montes de su nombre, y al O. por la sierra de Badaya.

Caminando hacia el ocaso, y ganando la cima de esta última, se descubre al pié de la montaña el bellissimo valle de Cuartango. Es una frondosa esplanada, de forma casi circular, cerrada al O. por las Crestas del Arambalz y Guibijo, al S. por la sierra Arcamo, al E. por la de Badaya, y abierta al N., por donde confina con el valle de Zuya. El cristalino cauce del Bayas, recorre en caprichosos y revueltos giros el valle de N. á S., ocultándose con frecuencia entre sus espesos bosquecillos, para aparecer de nuevo más allá, al huir por el portillo de Techa á pagar tributo al Ebro. Innumerables grupos de blanquísimas casas, ya cobijadas cual palomas entre tupidas arboledas, ya ocultándose cual tímidas vírgenes tras pequeños cerros, completan el risueño panorama del valle.

En la parte abierta por donde éste confina con el de Zuya, se tiende, aprisionado por ambos, otro pequeño vallecito, que pudiéramos llamar de Guereña, al que prestan amparo y poesía los cerros de Badaya y Arambalz. En el frondoso bosque que le cubre hay esparcidas muy rústicas viviendas al abrigo de un humilde templo, cuya sencilla torre se alza entre espeso ramaje frente á una vetusta casa señorial levantada á orillas del Bayas, que retrata en sus límpidas aguas los monótonos perfiles de aquella. Los gruesos muros de sus paredes, los patios que en su interior se destacan, las almenas que coronan sus alturas, y el soberbio puente de piedra tendido sobre el Bayas desde el pié mismo del edificio, bien delatan la alcurnia desu dueño: es la Torre de Guereña, mansión suntuosa del prócer, que desde lejanos tiempos ha gobernado el valle con jurisdicción propia civil y criminal, imponiendo en su pequeño territorio la omnímoda voluntad del señor de horca y cuchillo. A la sazón, aunque conserva en mucho su autoridad, ejerce sobre el país un señorío patriarcal.

A los lados de la espaciosa entrada del edificio hay dos bancos de piedra en uno de los cuales se ven sentados dos robustos labriegos.

Es la caída de una plácida tarde del mes de Abril. El sol, que desciende pausado, besa ya las cumbres de Arambalz: la fresca brisa del Gorbea agita bulliciosa las hojas de los árboles del bosque, buscando mullido lecho en las corolas de las flores para esperar al nuevo día, y los pajaros apiñados en la espesura, saludan en alborotado concierto al crepúsculo vespertino. Uno de los labriegos que están a la puerta, se incorpora, mira al horizonte, y dirigiéndose al otro exclama: «¿Sabes que aquella nube no me gusta? Me parece que tendremos...»

«Bah! No hay cuidado» repuso el otro.

«Me alegraré, pero este calor no es natural y harto será que la tormenta...»

«Sea lo que quiera, poco daño nos puede hacer.»

«Sí; pero puede hacerlo á los señores que han de venir de Vitoria mañana por la mañana.»

«Tienen buenos caballos y nada tienen que temer. Pero dime: ¿no te choca el que los señores falten tanto tiempo del valle?»

«No; los reyes han estado en Vitoria, ellos han ido allí con tal motivo y como, según dicen, no se marchaba el rey hasta ayer, por eso no han venido, pero vendrán mañana. Y á propósito, ya puedes disponer lo necesario, y al rayar el alba sales con cuatro ballesteros á recorrer el camino. Sabes que de poco tiempo á esta parte se han llevado estos bosques de ladrones.»

«Creo que no es menester, llevando ellos gente armada.»

«Pero otros muchos no la llevan; y sobre todo, eso no es cuenta tuya.»

«Mas...»

«Repito, Nuño, que prepares los hombres y...»

«Bueno, bueno: al rayar el alba saldremos.»

«Y recorrerás todo el sendero de la sierra hasta la llanada.»

«¡Vive Dios! si algun villano mirara mal á mis señores D. Gonzalo, ó D.^a Marina, le atravesaría el corazón con la mejor flecha de mi ballesta.»

«Dices bien, Nuño. Los señores son buenos como nadie, y gracias á ellos nadie tiene hambre ni le falta abrigo en el valle durante el invierno, y por esto mismo hay que guardarlos de los malhechores.»

«Tienes razón; pero pierde cuidado, que mientras Nuño pueda...»

«Ya lo sé, y por eso cuento siempre contigo.»

«Vaya, pues; voy á escoger unas flechas, y después á cenar, que parece que mi estómago se queja, dijo Nuño, é incorporándose añadió:

«Hasta mañana, Ivan.»

«Hasta mañana, Nuño»

y ambos desaparecieron penetrando Ivan en la Torre por la puerta principal, y Nuño por una más pequeña, que se abría en la trasera del edificio. Había anochecido.

MANUEL DIAZ DE ARCAÑA.

(Se continuará)

SECCIÓN AMENA



ESTROPARA POLITA



Lengo egun batean zeuden gizon kostar batzuek estroparen gañean itzegiten, bakoitzak emanaz bere iritzia, eta esanaz zeñ diran bere ustean, arraunlari onenak.

Ori aditurik an inguruan zegoen goyerriar batek, ala dio:

—Estropara polita, oain goyerrin jokatzea dijoatzena.

—¿Goyerrin?

—Bai: Zeamakoak eta Segurakok, Gabirikon ta Idiazabalkon kontra.

—¿Eta non jokatu bear dute? ¿Erreka zuloren batean?

—Ez, ez: Ichasoon, baña.... *Ichaso-legorren.*



Clasificación de las mismas por idiomas.

En castellano	315
En bascuence	5
En francés	147
En griego	3
En inglés	8
En latín	9
Distintos diccionarios	7
Total general.	494

La Biblioteca pública municipal, situada en la planta baja del Instituto, se halla abierta al público todos los días no festivos, de 10 á 12 por la mañana, y de 4 á 8 por la tarde.

LA TORRE DE LA ENCONTRADA

LEYENDA ALABESA

(CONTINUACIÓN)

En el camino del valle

A la madrugada del siguiente día el aspecto del cielo había cambiado por completo. Ivan no se había equivocado en sus cálculos. La nubecilla que la tarde anterior despertó sus recelos se convirtió en torvo manto que entoldaba el cielo por completo, á la vez que la cerrazón atajaba el horizonte por todos lados. En la estribación de la sierra de Badaya hacía el oriente, conocida con el nombre de Pico de los Hue-
tos, y junto á la boca de una cueva natural que se abre en la parte alta de la mañana hay tres hombres, que sentados sobre la roca, comen

vorazmente un trozo de carne, que han asado en una pequeña hoguera que arde á su lado. Visten los tres grosero traje ceñido por un cinturón de cuero, y cubre la cabeza de uno, sombrero de anchas alas, y las de los dos restantes un raído casquete de piel. Llevan los tres un puñal al cinto, al que acompaña en el del sombrero una larga espada de enmohecida vaina.

«¡Ira de Dios!» exclamó uno de ellos cogiendo la última porción de carne. «La tempestad quiere echarnos á perder la faena »

«Para el bandidos repuso el del sombrero, «no hay tempestades. Choroco no las ha temido nunca.»

«Ni Pérez tampoco» añadió el tercero.

«Ni Pachi» repuso el que primero había hablado; «pero la tormenta nos quitará caminantes, y hoy deben de ser muchos y de buena bolsa los que vuelvan de Vitoria á sus pueblos de ver al imbecil rey Enrique, que ayer marchó.»

«No lo creas, Pachi,» añadió Choroco. «Hoy hay botín para todos; y si así no sucede iremos por la noche al asalto convenido. Conozco bien la casa y el golpe es seguro.»

«¡Ya lo creo!» repuso Pérez al par que afilaba su arma en una piedra. «Nunca se ha equivocado mi puñal.»

En este momento un relámpago iluminó las torvas caras de los malhechores, y un fuerte trueno reventó sobre sus cabezas.

«¡Voto al diablo!» dijo Choroco incorporándose, «que no hay tiempo que perder. Vamos á colocarnos bajo aquella encina, que desde allí se atisba mejor.»

Pérez y Pachi se incorporaron, y los tres se dirigían al punto designado, cuando Pérez dando una estridente carcajada, exclamó:

«¡Ah! ¡Buena caza! Deteneos: mirad, mirad. Por la senda que baja desde la Virgen de Oro al bosque del valle caminan á caballo un hombre y una mujer; y á la luz del relámpago he visto brillar mucho el traje del caballero. No hay duda, es gente rica.»

«Los veo» añadió Choroco. «No hay que perder un instante. Bajaremos por la maleza á coger la revuelta del camino del bosque, que por allí tienen que pasar, y es un gran sitio para dar el golpe. Por aquí, por aquí,» y los bandidos se internaron en la espesura que cubría la vertiente de la montaña.

Efectivamente, por la senda que desde el santuario corre al bosque del valle marchaban cabalgando en ligeros alazanes dos personas: una

jóven dama de distinguido porte y enlutado traje, cuya faz apenas dejaba entrever el tupido velo que flotaba ante su rostro, y á su lado un caballero de noble aspecto vestido á guisa de escudero de elevado rango. La tempestad avanzaba por momentos. Algunas gotas de agua, que resonaron al caer en las hojas de los árboles, se convirtieron á poco en espeso torrente, que invadía furioso la campiña entre el ronco estruendo del trueno, que allá en el aire hacía coro al huracanado bramar del viento que azotaba la espesura al siniestro fulgor de los relámpagos.

Los viajeros dando rienda y castigo á los corceles ganaron veloces el bosque, tomando el único camino que lo cruzaba, cuando una exhalación, deslumbrando al caballo de la dama, hizo que éste en gigantesco salto se lanzara á la espesura, de donde agujijoneado por la maleza, intentaba frenético huir; á lo que el escudero, viendo en riesgo á su señora, en otro salto llegó hasta ella, logrando con valeroso brío sujetar al inquieto corcel sólo el tiempo preciso para que la enlutada pudiera apearse, en cuyo momento el bruto, en un arranque supremo, dió un nuevo salto, desapareciendo por la selva.

«¡Señora, señora! ¿Quizás os habeis...?» dijo el escudero.

«Nada temas, Hernando, no ha sido nada.»

«Pues, vive Dios que el peligro...!»

«Ya pasó. La Virgen de Oro nos ha salvado.»

«Apoyaos, señora, en mí para ganar el camino; que ahí el zarzal os hiere;» repuso el escudero, mientras la dama, ayudada por él, logró salir al camino que llevaban. «Ahora» prosiguió, «montad en mi corcel, que la lluvia cae á torrentes y es fuerza buscar abrigo.»

«No, Hernando; la tempestad no ceja, y al primer relámpago quizás vuestro corcel nos haría correr de nuevo el peligro que hemos salvado. Marcharemos á pie, que es casi seguro que á la salida del bosque no ha de faltar la casa de algún labriego, donde podamos guarecernos, mientras cesa la tormenta y llega el criado con los equipos.»

«Como mandeis;» y metiendo el escudero las riendas del corcel en uno de los brazos, ofreció el otro á la dama, continuando ambos el camino arrimados á la espesura, á fin de guarecerse en lo posible de la lluvia que seguía cayendo.

En pocos minutos llegaron á una plazuela rodeada de encinas, en que la senda cambiaba de dirección para salir del bosque. Al atravesarla un «¡jalto!» y tres hombres que puñal en mano se lanzaron á ellos hicieron que la dama, sobrecogida de terror, dando un penetrante

grito cayera desmayada al pié de un árbol, y Hernando instintivamente, soltando las riendas del corcel, se encontrara delante de ella, guardando con su cuerpo, y espada en mano el de aquella mujer. Los bandidos, que no eran otros que Choroco y los suyos, vacilaron un momento; pero repuesto éste, tirando su puñal, sacó la espada, y arremetió contra Hernando, á la vez que gritaba á los otros: «¡A ella!: ¡por los costados!» El peligro era inminente. Hernando en un avance podía herir a Choroco, pero los puñales de Pérez y Pachi, que amenazaban por los lados hacían que, clavado en tierra, multiplicase su acero, cuidando más de la vida de la dama que de la suya propia.

«Rinde esa espada, que eres perdido,» gritaba Choroco estrechando el cerco que los bandidos habían formado en torno del escudero.

«¡Nunca!» repuso éste.

«¡Lo veremos!»

«¡Lo veremos!»

«¡Miserables!» gritó una voz á la vez que Choroco caía exánime en tierra, echando sangre por el pecho que un dardo le había atravesado, y Nuño con cuatro ballesteros, salidos de la espesura, acotaban la plaza, y lanzándose sobre Pérez y Pachi los habían derribado.

«Gracias, valientes» dijo Hernando dirigiéndose á los recién llegados.

«Atadlos» repuso Nuño sin darse por aludido. y volviéndose á Hernando añadió «Llegamos á tiempo.»

«¡Ah, sí, sí: gracias: pero esta dama...» contestó Hernando señalando á la mujer que seguía desmayada.

«Perded cuidado. Quien quiera que seais nada os faltará» replicó Nuño mientras Hernando procuraba con gran esmero levantar del suelo a la enlutada, Nuño adosaba al tronco del árbol unas piedras, para poderla sentar, y los ballesteros sujetaban con cuerdas á los bandidos.

De pronto el galopar de unos caballos que se acercaban por instantes hizo volver la cabeza á Nuño, que cuadrándose gritó á los suyos: «¡Los señores!» Un momento después llegaban al lugar del suceso el señor del valle y su esposa escoltados por cuatro ballestas. La tempestad había cesado, D.^a Marina giró una mirada en torno suyo, bajó de su corcel, imitando los demás su ejemplo, é iba á interrogar á Nuño, cuando éste, anticipándose a su deseo, contó a sus Señores en brevísimas palabras todo lo ocurrido: lo cual, oído por D. Gonzalo, dijo éste á sus servidores: «La litera» y señalando á los bandidos continuó: «Y

á esos canallas entregadlos á los cuadrilleros, llevándoos al herido en un caballo.»

Los criados recogieron á Choroco, que exánime y brotando sangre no se daba cuenta de nada, le colocaron en un corcel y partieron con dirección á Murguía, á la vez que otro criado salió á caballo en sentido opuesto, dirigiéndose á la Torre de D. Gonzalo; cuando éste acercándose á Hernando y estrechándole entre sus brazos le dijo: «Sois noble y valiente. Contadme de hoy más como vuestro mejor amigo.»

«Gracias, noble señor, mengua fuera no haber cumplido con mi deber;» y todos se apresuraron á rodear á la dama, que reclinando ya su cabeza en el hombro de Doña Marina, empezaba á volver en sí. La distinguida señora del valle prodigaba cariñosos halagos á la enlutada, que á medida que recobraba su razón, miraba más absorta en torno suyo, sin atreverse á articular ni una sola palabra. ¿Era un sueño lo que pasaba? ¿Cómo verse tan cariñosamente atendida en brazos de una dama la que momentos antes, aterrada al brillo fatal del puñal de un asesino, cayera desplomada perdiendo la razón? Estos pensamientos cruzaban sin duda rápidos por el cerebro de aquella mujer, que pálida y temblorosa pedía en vano llanto á sus ojos para aliviar el enorme peso que ahogaba su atribulado corazón.

Pasaron algunos momentos. La litera no se hizo esperar. Cuatro robustos campesinos aparecieron conduciéndola, y poco despues estaba ya en la plazuela del bosque. Con gran cuidado colocaron en ella á la jóven, sentóse á su lado D.^a Marina para no abandonarla un solo instante, y, escoltada por toda la comitiva, partió en dirección á la Torre. Una hora más tarde penetraban todos por la anchurosa puerta de la Torre de Guereña.

MANUEL DIAZ DE ARCAÑA.

(Se continuará)



LA TORRE DE LA ENCONTRADA



LEYENDA ALABESA

(CONTINUACIÓN)

Una revelación

Habían transcurrido quince días desde el aciago suceso del bosque. Durante este tiempo los dueños de la Torre no se habían dado momento de reposo para atender con toda solicitud á la dama que hallarán desmayada en el encinar, y que había permanecido postrada en el lecho diez días, habiendo podido abandonarlo en éste más temprano que en todos los anteriores, por sentirse notablemente mejorada. Durante todo este tiempo ni la misteriosa mujer reveló nada á sus bienhechores, ni ellos se propusieron á indagar lo más mínimo respecto de ella; tanto más cuanto que en las continuas conversaciones que tenían con Hernando, comprendieron muy pronto que el leal escudero eludía prudente y temeroso toda frase que pudiera revelar algo de cuanto á la incógnita joven pudiera referirse.

Era una hermosa mañana del mes de las flores. Un sol radiante iluminaba con blanquísima luz el valle y la montaña, y el soplo sutil de la brisa resbalaba suavemente por entre las hojas de los árboles, en cuyas copas vertían á competencia los pájaros raudales de armonía. En el costado N. de la Torre y á la altura del piso principal se abría amplia ventana de graciosa ojiva, que daba á una espaciosa estancia. Era esta un ancho rectángulo amueblado con cómodos sillones de cuero y nogal tallado, y vestidas sus paredes de trecho en trecho por ondulosas

y artísticas colgaduras de rica seda. Al lado de la ventana se sentaban dos personas: D.^a Marina y su huéspeda, cuyos tipos formaban entre sí tan vário como armónico contraste. Joven aún D.^a Marina, sus negros y rasgados ojos que, aprisionados por las graciosas curvas de sus cejas, se destacaban sobre una tez lijaramente morena, moviéndose con rapidez y fijándose con insistencia; su cabello ensortijado en rizos de ébano; los delicados contornos de su ovalado rostro, y dulce sonrisa de sus encendidos labios, hacían de ella el tipo de la mujer inteligente y heróica. En pago su protegida, más joven aún, de tez blanca como la nieve, ojos azules y lánguidos, cabello rubio y sedoso como el maíz de los valles, faz tan dulce y risueña como la alborada, y mirar tan inocente como la gacela; en su pudorosa timidez y delicada tristeza de su rostro delataba sin querer tí la Virgen apenada. Esta sabía ya por boca de Hernando al detalle todo lo ocurrido, el infausto día del bosque, y el proceder de sus bienhechores había despertado en su alma un cariño entrañable hácia ellos. A la sazón apoyando uno de sus codos en el marco de la ventana, y reclinada su cabeza sobre la mano, contemplaba estática el bello paisaje tendido ante sus ojos. De frente la enorme peña de Gorbea destacando en el purísimo azul del cielo su gigante silueta; á la izquierda el erguido cerro de Arambalz vestido hasta su cúspide de espeso follaje; á la derecha el risueño promontorio, en cuya cima se eleva la mística casa de la Virgen de Oro, y en el centro, y limitada por estas montañas. la pequeña llanura del valle sembrada de bosques y alamedas, que riegan las curvas del Bayas, cuyas aguas, limpias cual otra alguna, corriendo por debajo de la ventana, le permitían ver cómo las pintadas truchas y plateados pececillos retozaban alegres sobre el fondo de arenillas de oro de su cauce.

Absorbida su atención ante tan hermoso panorama, casi se había olvidado la joven de que tenía á su lado á D.^a Marina, cuando dejando dibujar en su rostro por vez primera una dulce sonrisa dijo, volviéndose á su bienhechora: «Me siento muy bien, el aire embalsamado de estas montañas y vuestra cariñosa solicitud ha rejuvenecido mi atribulado espíritu».

«¡Ah! ¡Cuánto me complace el oiros! Desde el primer instante en que os ví en el bosque sentí no sé qué fuerza secreta que

me impelia; más aún, que me unía, que me identificaba con vos.»

«Lo sé, lo sé, bien me lo habeis demostrado, y ello me obliga más y más á cumplir la deuda que tengo con vos de deciros quién soy y cómo me encontrásteis en el bosque.»

«Agradezco con todo mi corazón la confianza que intentais hacerme, mas sabed que, á pesar de ser mujer, la curiosidad no mortifica mi alma. Sois joven, hermosa, y desgraciada, títulos sobrados para que yo os consagre todo mi afecto.»

«¡Ah! Callad, callad. Sentiría el horrible aguijón de la ingratitud si no os confiara todas mis desventuras, que son muchas,» y estampando un ardiente beso en la frente de D.^a Marina, prosiguió:

«Sabeis que hace pocos años ceñía la corona de Navarra la reina D.^a Blanca, casada con D. Juan, (hermano de Alfonso V de Aragón) de cuyo matrimonio tuvo tres hijos; Carlos, Leonor y Blanca. El amante corazón de la reina dió quizás demasiada intervención á su marido en los negocios del reino, lo cual produjo que se despertara en el corazón de éste el gérmen de la ambición. Al morir D.^a Blanca dejó heredero de la corona á su hijo Carlos; mas el rey, con furtivas razones, eludió el cumplimiento de la voluntad de su esposa y arrebató el trono para sí. A poco contrajo segundas nupcias con D.^a Juana Enriquez de Castilla, mujer que astuta y codiciosa, no solo alentó á su esposo para persistir tenazmente en el injusto rapto, sino que artera y pérfida logró extinguir en el corazón del rey hasta el último sentimiento paternal. Apercebido el pueblo de esto, estalló su indignación, causa que produjo la guerra intestina entre los Beaumontes ó partidarios del príncipe, y Agramonteses ó secuaces del rey. Blanca, decidida partidaria de su hermano, le ayudó con todas sus fuerzas, y compañera inseparable de él, fué su consuelo en la adversidad; por lo que el rey D. Juan desheredó á ambos. En pago Leonor, casada ya con el conde D. Gastón de Foix, se puso de parte de su padre, quien la declaró heredera de su trono.

El encono de los bandos sembró de luto las montañas y los valles de Navarra, y el príncipe al frente de los suyos, vencido en Aibar y derrotado en Estella, tuvo necesidad de huir, buscando en el cariño de su hermana Blanca un lenitivo á sus pe-

nas, y haciendo con ella una vida errante y escondida, para sustraerse á las iras de su desnaturalizado padre, que ya no solo perseguía al rival de su cetro, sino que también á la hermana que amparaba y protegía á Carlos. Con astuta maña el rey, indagando el paradero del príncipe, le llamó amistosamente á las Cortes de Lérida. Este, noble y confiado, acudió al llamamiento á pesar de los consejos de su hermana, encontrando allí en vez de los brazos abiertos de un padre, las frias paredes de un calabozo en Aitona, donde se deslizan los risueños días de su juventud sin ver los puros rayos del sol ni respirar el aire de la hermosa libertad. Blanca le siguió siempre de cerca, mas descubierta en Aitona por los secuaces del rey pudo escapar casi milagrosamente, con el doble propósito de recurrir á Enrique IV de Castilla en demanda de protección para su hermano, y evitar el mal trato que daban al prisionero, tanto más cruel cuanto más cerca sabían estaba su hermana del príncipe; y atravesando valles y montañas, y ocultándose á las miradas de las gentes cual despreciable criminal, llegó á las cercanías de Vitoria, (donde á la sazón creía encontrar á Enrique IV), con tan mala fortuna que éste había salido la víspera á Alfaró á avistarse con el rey de Navarra, y temerosa de ser descubierta, atravesó con un fiel escudero por tierra extraña, lloró sus penas en el santuario de la Virgen de Oro y despues...

«¡Ah! No prosigais», interrumpió D.^a Marina. «¿De modo que el príncipe?.....»

«Es mi hermano».

«¿Y vos?»

«Blanca»

«¡Señora!» añadió D.^a Marina inclinado su cabeza. «Permitidme que....»

«¡Ah! nunca, nunca. No arranqueis de mi alma el enefable consuelo de ver en vos á mi mejor hermana.»

«No lo dudeis.»

«¿Cómo dudarle?» y abrazándose estrechamente aquellas dos mujeres vertían entre sollozos un mar de lágrimas, cuando abriéndose la puerta de la estancia, apareció en ella D. Gonzalo, que vacilante al pronto, quedó luego inmóvil y mudo ante tan inesperada escena. Momentos después, sentado el noble señor


entre ambas damas, escuchaba de boca de su esposa el relato que Blanca había hecho á D.^a Marina, relato que llegó á interesarle tanto que prometió á Blanca tenerle al corriente de cuanto al príncipe pudiera referirse, y trabajar hasta donde sus fuerzas alcanzaran en obsequio de su causa.

La confianza que Blanca depositó en los dueños de la Torre estrechó entre todos el cariño de tal modo, que ni Blanca podía separarse de ellos, ni estos cuidaban de otra cosa que de hacer más llevadera á la desgraciada jóven la horrible situación por que atravesaba. D. Gonzalo hacía constantes viajes y á merced de sus muchas relaciones, que utilizaba con toda discreción, estaba al tanto de la triste suerte del príncipe, que no había variado en otra cosa que en haber sido trasladado con todo género de precauciones y para mayor seguridad al castillo de la Aljafaría de Zaragoza,

Blanca, al saberlo. intentó marcharse á la capital de Aragón. donde, permaneciendo oculta, pretendía poder buscar un medio de avistarse con su hermano; pero las atinadas reflexiones de sus buenos amigos la hicieron desistir de empresa tan temeraria, en la que no sólo comprometía su propia existencia al ser descubierta, sino que también acaso la del mismo príncipe á quien tanto amaba. Nada ofrecía para ella más seguridad que el valle, en que nadie, (no siendo D. Gonzalo y D.^a Marina), sabía su elevada jerarquía; una vez que Hernando. que no la abandonaba un solo instante, cuidó muy mucho y con exquisita habilidad, de alejar de aquellas gentes la más mínima sospecha que hubiesen podido concebir respecto de su señora. Blanca, pues, continuó en la Torre durante todo el estío, recorriendo con su inseparable compañera D.^a Marina las mil veredas del valle, que los ballesteros habían limpiado de nialhechos y guardaban con exquisita vigilancia. Todas las tardes llegaban al santuario de la Virgen de Oro, á la que Blanca había cobrado especialísimo afecto, á contar sus cuitas á la Reina del cielo, para contemplar después desde la altura el hermoso paisaje, y recrearse más tarde á orillas del Bayas viendo como la imagen de la luna titilaba entre los leves rizos de sus cristales.

MANUEL DIAZ DE ARCAJA.

(Se continuará)



LA TORRE DE LA ENCONTRADA



LEYENDA ALABESA

(CONTINUACIÓN)

Una alegría y un pesar

Se deslizaban uno tras otro los días del verano para los moradores de la Torre de Guereña entre los plácidos goces del campo y las inquietas incertidumbres de la esperanza. Don Gonzalo, consecuente con su promesa, atisbaba cauteloso todos los sucesos que podían influir en la desdichada suerte del príncipe de Viana; pero á pesar de que los acontecimientos todos se habían conjurado en su favor, ninguna ventaja real y positiva había obtenido el desdichado prócer. D.^a Marina y Blanca estaban al tanto por boca de D. Gonzalo de que el príncipe había sido trasladado desde Zaragoza al castillo de Morella: sabían que, indignados los catalanes con la prisión del príncipe, habían organizado un grueso ejército que á las órdenes del conde de Módica y el vizconde de Rocaberti había penetrado en Aragón pidiendo su libertad: sabían que Enrique IV había traspasado la frontera aragonesa al mismo fin: sabían que Navarra secundaba con calor el movimiento del principado catalán: pero sabían también que el rey D. Juan, si bien procuraba conjurar los conflictos que le rodeaban, en modo alguno se avenía á dar libertad al príncipe cruelmente retenido en las prisiones de Morella.

En una espléndida tarde de Agosto, Blanca y D.^a Marina, asomadas á la misma ventana de la Torre en que aquélla había revelado á su bienhechora el secreto de su vida, conversaban ínti-

mamente acerca de los últimos sucesos de Navarra y Cataluña, al dulce halago del airecillo del Gorbea, que besando sus rostros expansionaba sus espíritus. Nada turbaba la paz en el valle como no fuera el sordo murmullo del Bayas, cerca de cuya orilla se dejaba percibir de cuando en cuando el monótono canto del cucillo. De pronto divisaron á lo lejos que dos ballesteros corrían precipitadamente hácia el bosque inmediato, á la par que por un costado se dirigía al mismo punto un compacto grupo de ginetes, que levantaba en torno suyo espesa nube de polvo, al través de la cual brillaban las chispas que el sol producía en sus cotas y corazas. A tan inesperada aparición, Blanca inquieta y temblorosa dirigió una mirada suplicante á D.^a Marina, la que sorprendida á su vez, fijaba su insistente mirada en el grupo, sin reparar en el ruego de su amiga. ¿Qué podía ser aquéllo? No había duda por recientes noticias de que el príncipe continuaba preso: no había duda de la crítica situación del rey don Juan ante los tumultos de Navarra y Cataluña. ¿Eran aquellos ginetes caballeros castellanos ajenos á todo? ¿Eran quizás hidalgos de Navarra que se aprestaban á la lid?

El grupo penetró en el bosque desapareciendo bajo su espeso arbolado, y dejando solo percibir el ruido del galopar de sus caballos, que se acercaban por momentos. Las damas se miraron una á otra con ansiedad sin articular una sola palabra, volviendo otra vez instintivamente sus ojos al bosque, á la sazón que los corceles salían de él en dirección á la Torre.

Tras apuesto caballero que, montando brioso alazán, lucía sobre cota de ricas perlas labrada coracina, yelmo de oro con colgante penacho y al costado lujosa escarcela bordada en plata y oro, cabalgaban á modo de escolta diez más, deslumbrando con los vivos reflejos de sus escamosas lorigas. El guerrero ya próximo á la Torre, refrenó su caballo, y apercebido de las damas levantó su cabeza, permitiendo á éstas distinguir su rostro bajo la metálica visera, cuando un grito «¡Carlos!» lanzado por Blanca hizo que el doncel, volviéndose á los suyos gritase: «¡Encontrada!» y clavando la espuela en los ijares de su corcel se hallara de un bote en la puerta de la Torre, donde sin más tiempo que el preciso para desmontarse, se encontró abrazado á su hermana, que en unión de D.^a Marina había ganado vertiginosamente la

escalera para volar á los brazos del príncipe, el cual, ébrio de alegría, estrechaba poco despues la mano de D.^a Marina, D. Gonzalo y Hernando, á la sazón que los ballesteros, que no pudieron dar alcance al grupo, llegaban fatigados á la morada de sus señores.

Estos, orgullosos de albergar en su casa tales huéspedes, se multiplicaron de tal modo que una hora despues estaban cómoda y lujosamente hospedados el príncipe y su servidumbre; y cerrada ya la noche se sentaban todos á la mesa en ámplio é iluminado comedor. Allí, entre las expansiones recíprocas de cariño y gratitud, les manifestó el príncipe cómo su padre el rey don Juan, impotente para dominar el movimiento de Navarra, Castilla y Cataluña en favor de D. Carlos, había consentido, bien á su pesar, en darle libertad: cómo su primer pensamiento, al verse libre, había sido volar á los brazos de su hermana Blanca, para lo cual sin perder momento, pudo averiguar por medio de sus servidores de más confianza, que ésta unos seis meses antes había ganado la frontera de Navarra en compañía de Hernando, dirigiéndose al N. de la provincia alavesa, entre cuyas montañas debía permanecer oculta: cómo en cuatro días había recorrido los valles contiguos; y cómo el pueblo catalán le esperaba con impaciencia, para proclamarle *sucesor* y *lugarteniente*, prohibiendo al rey pisar bajo pretexto alguno el suelo catalán: por todo lo cual era preciso de toda urgencia que al rayar el nuevo día tomaran, bien á pesar suyo, el camino de Barcelona.

Hondo pesar produjo en medio de tanta alegría el relato del príncipe á los dueños de la Torre, que no encontraban momento para ver alejarse de su lado á Blanca; pero obligados por la necesidad y alentados por el nuevo sol de ventura, que parecía lucir por entonces para D. Carlos y su hermana, pasaron parte de la noche disponiendo todo lo necesario, á fin de despedir dignamente á aquéllos que en breve habían de abandonar el valle para no volverlo á ver quizás, invirtiendo el resto en conversar con Blanca y el príncipe de sus risueñas esperanzas, y hacerse mútuas promesas de eterno cariño: pues D. Carlos, aunque acababa de conocerlos, sabedor de su comportamiento para con su hermana, se había identificado con ellos.

Por fin apareció la alborada sembrando la alegría en los va-

lles y las crestas. Un movimiento inusitado se notaba en el interior de la Torre. Los criados no se daban momento de reposo, enjaezando los caballos, disponiendo una elegante litera, aprestando vituallas sobre un mulo y limpiando ballestas. Los señores del valle querían despedir á sus huéspedes con toda pompa y ofrecerles el último banquete en la verde pradera que se tiende al pié del Santuario de Oro, á cuya Virgen, como hemos dicho ya, había cobrado Blanca singular afecto. A mitad de mañana partía de Guereña la lucida cohorte llevando á su cabeza los ballesteros en traje de gala, detrás la litera con las dos damas, y á continuación el grupo de caballeros y Hernando que escoltaban al príncipe y D. Gonzalo. Al atravesar el puente, Blanca, fijándose en los muros de la Torre donde tanta dicha encontrara, volviéndose á D.^a Marina le dijo: «Hermana mía, volveré, y volveré muy pronto más feliz que hoy á vuestro lado»: á lo cual doña Marina, sin poderse reprimir, contestó: «¡Ah! temo que no. ¿Veis esas aguas cristalinas, que besando los muros del puente huyen de él al mar para no volver jamás? Pues tengo el presentimiento de que, á semejanza de ellas, no volveréis más al valle.»

«¡Ah! no me aflijais: no me olvideis,» añadió Blanca.

«Eso jamás, concluyó D.^a Marina, y en prueba de ello, desde hoy esta Torre no será la Torre de Guereña, se llamará la *Torre de la Encontrada*, para recordar vuestro feliz encuentro en ella con el príncipe D. Carlos y la primera palabra que él pronunció al veros ayer tarde.

Blanca estrechó en sus brazos á la señora del valle, que sollozando respondió al afecto de aquélla, dando acto continuo á la conversación más risueño giro, á fin de no apenar á la jóven.

Una hora despues se hallaba la comitiva al pié del cerro en que se alza el Santuario, donde apeándose se dirigieron todos al Templo, y prosternados ante la sagrada imagen de María, murmuraron una plegaria, que al arrullo de los sollozos de Blanca, los suspiros de D.^a Marina y los alegres cantos de las aves de la pradera escapó por el diáfano ambiente hasta el trono del Señor. Para cuando la comitiva descendió del Templo la mesa estaba dispuesta bajo las espesas copas de dos robustas hayas, y allí contemplando el hermoso paisaje que se tendía á sus pies, saborearon alegremente, entre chispeante conversación de los caba-

llos, los ricos manjares que D. Gonzalo les ofrecía, sin que faltaran á la postre sentidas coplas, que el más hábil supo dar al viento con rara oportunidad.

Terminada la comida, todos, entre mútuas promesas de eterna amistad, montaron á caballo, menos Blanca, que abrazada á D.^a Marina no acertaba á desprenderse de ella, hasta que la afectuosa intervención de D. Gonzalo y el príncipe hizo que su hermana subiera al hermoso corcel preparado para ella, y un momento después, llevando en el centro á la ilustre dama, arrancó el grupo al galope corriendo el pié de la sierra de Arrato en dirección al boquete de Záitegui.

Los señores del valle desde el cerro seguían atentamente con la vista á los caballos, á la vez que Blanca volvía á cada instante su cabeza hácia el cerro. El grupo se alejaba por momentos. Ya D. Gonzalo y su esposa apenas distinguían los colgantes penachos de los cascos; un instante después tan solo los destellos de las corazas; y más tarde una mancha que gradualmente se alejaba y obscurecía. Blanca, al doblar la montaña, dirigió una tierna mirada al valle que iba á perder de vista; y lanzando un hondo suspiro, exclamó: «Volveré, sí, volveré..» A muy poco los ginetes se encontraban en la pintoresca llanada de Alaba cabalgando hácia Vitoria, á la vez que los que habían quedado en el Santuario marchaban por el valle en dirección á la Torre de la Encontrada.

MANUEL DIAZ DE ARCAÑA.

(Se concluirá)



LA TORRE DE LA ENCONTRADA



LEYENDA ALABESA

(CONCLUSIÓN)

Un año después

Había transcurrido más de un año desde el día en que Blanca y su hermano abandonaron el valle. La tierna solicitud de D.^a Marina y su esposo, y el cariño que Blanca y el príncipe les profesaban hicieron que durante todo este tiempo los señores de la Encontrada estuviesen al tanto de cuanto á los príncipes ocurriera desde su salida del territorio alabés. Supieron con júbilo inmenso su entrada triunfal en Barcelona, el entusiasmo con que el pueblo catalán los recibió, y que el Principado había jurado por sucesor de la corona al desgraciado príncipe, que al lado de su hermana comenzaba á palpar la realidad de su constante sueño: hechos todos que no podían poner en duda por háberseles comunicado Blanca, que cuidaba muy mucho de tener al corriente á sus bienhechores de cuantos sucesos tuvieron lugar desde su despedida en el Santuario de la Virgen de Oro.

A los seis meses de esta fecha una infausta nueva circuló pavorosa por todo el territorio. Decíase por muy seguro que el príncipe de Viana había muerto, y lo que es peor aún, que su muerte había sido ocasionada por un veneno que hábilmente le suministraron; y que D. Carlos había dejado por heredera de la corona de Nabarra a la compañera inseparable de sus desdichas, su buena hermana Blanca. Por desgracia no se hizo esperar mucho la confirmación de tan fatal nueva, pues á los pocos días un enviado de aquella trajo á la Torre de la Encontrada una carta, en que apenada y afligidísima les enteraba

Blanca del cruel término de la vida del pobre D. Carlos. Hondo pesar produjo á los señores del valle la carta de Blanca, á la que contestaron cariñosamente, prodigándola todo género de consuelos. Desde esta fecha transcurrió mucho tiempo sin que supiesen nada de ella, lo cual les preocupaba en alto grado.

Un día llegó á sus oídos el sordo rumor de que la princesa había desaparecido y nadie sabía su paradero. D. Gonzalo y D.^a Marina trataron de averiguar inmediatamente por cuantos medios estaban á su alcance la verdad del caso, y muy presto pudieron convencerse de la triste realidad. El paradero de la princesa era un misterio para todos. Quién afirmaba que había huido á tierra extranjera para librarse de las asechanzas que el odio de su implacable madrastra le tendía de continuo: quién la suponía oculta en las montañas de Navarra al amparo de sus fieles partidarios: quién se atrevía á asegurar que había concluido sus días en un apartado valle: pero todos estos rumores no pasaban de ser gratuitas suposiciones, hijas quizás del temor ó acaso del deseo.

En esta incertidumbre pasaron ocho meses, y los señores de la Torre fueron en tan largo tiempo perdiendo poco á poco las esperanzas que al principio acariciaban de volver a ver á la desgraciada dama, por quien D.^a Marina vertía á ratos abundantes lágrimas.

Hallábanse cierto día D. Gonzalo y su esposa en una espaciosa estancia de su palacio, cuyas ventanas miraban al río. D. Gonzalo registraba cuidadosamente unos legajos, mientras su esposa bordaba con gran aliño sobre rica seda una imagen de la Virgen de Oro. La tarde era despacible por demás. El aquilón, que bramaba airado en los muros de la Torre, arrancaba con furia las secas hojas de la arboleda, agitándolas en el suelo en revuelto torbellino, y transformando la espesura del bosque en descarnada soledad, que bajo entoldado y pardo cielo solo ofrecía á la vista los ajados nidos de las aves, risueña mansión poco há de dulces amores y sentidas melodías. Sólo el Bayas continuaba inalterable, corriendo bajo el vetusto puente sus diáfanas aguas, cuya superficie rizaba el viento en blandas y delicadas ondas.

De pronto un criado abrió la puerta de la estancia anunciando á un caballero que acababa de llegar, y de cuya venida no se habían apercebido los señores, merced al continuo ruido que el huracanado viento producía. Don Gonzalo dió orden de que pasara en el acto, á la vez que se disponía a salir á su encuentro, cuando el recién llegado,

sin hacerse esperar, apareció en la puerta de la estancia, cayendo en los brazos que D. Gonzalo le abriera al verle, sin que ni ellos articularan ni una sola palabra, ni mucho menos D.^a Marina, que absorta y temblorosa no apartaba su vista del viajero, que no era otro que Hernando. Este rompió el silencio, y tras un cortísimo saludo, anticipándose a D.^a Marina que impaciente iba á interrogarle, la dijo: «No me preguntéis nada, señora. Mi silencio os ha revelado ya todo lo horrible de la catástrofe.» Las lágrimas arrasaron los ojos, y los sollozos entrecortaron la respiración de la noble dama, mientras que su esposo caía pensativo en un sillón, invitando al recién llegado con una indicación á que tomara asiento. Este así lo hizo, y, después de unos momentos de silencio por parte de los tres, dijo D. Gonzalo: «¡También ella!»

«¡También ella!» repuso Hernando.

«¡Ah! ¡Bien presentía mi corazón su suerte aciaga!» añadió doña Marina.

«No lo sabéis bien, repuso Hernando. Lo acontecido es un sueño horrible; un crimen cuyo negro y pavoroso recuerdo oprime el corazón y angustia el alma.»

«¿Crimen habéis dicho?» interrumpió D. Gonzalo.

«Crimen continuó Hernando; escuchadme. Tras la misteriosa muerte de D. Carlos, que había dejado por heredera del cetro de Navarra á su hermana D.^a Blanca, salimos de Barcelona con dirección a Olite, más que por la fuerza de los acontecimientos, para alejar á la princesa de un punto donde con insistente rumor murmuraba el pueblo, que D. Carlos había sucumbido á la traidora acción de un tósigo, y que su alma vagaba durante la oscuridad de la noche por las calles de Barcelona, quejándose en lúgubres lamentos de los inicuos planes que le hicieran sucumbir. A mitad de nuestro camino el rey D. Juan, sabedor del testamento de su hijo Carlos, envió tras de nosotros un grupo de partidarios de toda su confianza, que no tardaron en darnos alcance, y echándose sobre nosotros, se apoderaron de la princesa, á la que, convenientemente custodiada, entregaron con todo sigilo al marido de su hermana Leonor, conde de Foix, á quien el rey había confiado la prisión de su hija. Yo, en el momento de apresarla, quise vender cara mi vida en su defensa, pero ella, con enérgico tono, me prohibió desenvainar mi acero, ordenándome procurara seguirla siempre de cerca. El Conde condujo inmediatamente á la prisionera á la

fortaleza de Ortés, y desde el día fatal de su entrada en aquel solitario castillo, transcurrieron ocho meses, sin que, á pesar de mis buenos deseos, me fuera posible llevarla un consuelo, que mitigara la amargura del mal trato, de que yo sabía era objeto.

Un día, después de muchas maquinaciones y trabajos infructuosos, y jugando el todo por el todo, logré sobornar á un criado para penetrar en la fortaleza. ¡Era ya tarde! Sus verdugos, ó cansados de ella, ó temerosos de que pudiera escapar de sus garras, le habian administrado un veneno, y el cadáver de la princesa, yerto y lívido, yacía tendido en el tosco pavimento de su prisión.»

Al llegar Hernando á este punto de su relación, D.^a Marina rompió á llorar amargamente, y D. Gonzalo se abrazó á él, quedando los tres en profundo silencio, cuando vino á herir sus oídos el lejano eco de una campana que anunciaba la oración de la tarde, á lo que hincando todos su rodilla en tierra, y dirigiendo sus ojos al cielo elevaron al trono del Altísimo una súplica por el alma de la desgraciada Blanca.

Dos días después, el palacio señorial vestía negro crespón sobre su puerta de entrada; las campanas de todas las Iglesias de la comarca doblaban pausadas en fúnebres tañidos; majestuoso é imponente coro de voces entonaba lúgubre canto en el Santuario de la Virgen de Oro, y los Señores del valle servían á todos los pobres de la comarca, en sufragio por el alma de Blanca, una modesta comida en la Torre de la Encontrada.

MANUEL DIAZ DE ARCAÑA.

NOTA.—La Casa-torre de *La Encontrada* en que se desarrolla esta leyenda subsiste aún en el punto de su primitivo emplazamiento, con las modificaciones que el tiempo y los acontecimientos han impreso en ella, y pertenece, como desde tiempo inmemorial ha pertenecido, á la conocida familia alabesa de los *Iturrates*, una de las más distinguidas del Valle de Zuya, y á cuyos antepasados atribuyen los habitantes del país haber dado generoso albergue á la desgraciada princesa Doña Blanca de Navarra.

